



## Capítulo 394 - Demonio de sangre II

Las palabras de Virgilio resonaron como un susurro irreverente dentro de un templo en ruinas—profano, íntimo, provocativo. Sonrió al vacío carmesí que parpadeaba a su alrededor, sintiendo que el aire vibraba como las cuerdas de un instrumento a punto de romperse.

Y luego llegó la respuesta.

iShhhRRAK!

En un instante, decenas de espadas brotaron del suelo, del techo, de las paredes. Cada uno forjado con la sangre encantada de Rafaelina, moldeada a lo largo de siglos — reliquias letales con voluntad propia. Perforaron el cuerpo de Virgilio sin vacilación ni piedad.



Le perforaron el pecho, los hombros, los brazos e incluso los muslos. Algunas espadas todavía temblaban, clavadas profundamente como si buscaran su corazón.

Vergil jadeó una vez, más por reflejo que por dolor real. La sangre goteaba lentamente de su boca, pero sus ojos conservaban el mismo brillo provocativo.

"...Sí. "Eso es igual que tú", murmuró con una sonrisa débil, escupiendo un poco de sangre mientras se apoyaba en una rodilla.

El aire brillaba. Un denso rastro escarlata descendía del techo, como un velo de humo carmesí que se condensaba en una forma humanoide— y entonces ella apareció.

Rafaelina.

Pero no es el mismo que antes.

Su cuerpo parecía esculpido en carne divina, pero temblaba de poder que apenas podía contener. Sus ojos brillaban como rubíes eternos, sin pupilas, sólo un brillo absoluto. Su cabello, que alguna vez fue de un rojo intenso, ahora parecía sangre líquida flotando alrededor de su cabeza como tentáculos vivientes.

Su presencia era abrumadora. La encarnación de la Sangre. De voluntad. De furia.

El silencio que se formó entre los ecos de la destrucción fue... devocional.

Virgilio, arrodillado entre las espadas incrustadas en su cuerpo, jadeó lentamente —no de dolor, sino de respeto. La miró como si estuviera frente a una estrella a punto de explotar... o a una diosa que finalmente había recordado su propio nombre.

La mujer que había conocido no hacía mucho tiempo. El guerrero, el tirano, el coleccionista. La madre de su esposa. Una de las almas más terriblemente hermosas que jamás había tocado.

Y ahora, antes que él, ella era más que eso. Ella era sangre hecha carne. La voluntad cristalizó en divinidad.

Su cabello flotaba con su propia gravedad, mechones escarlatas tan densos que parecían agua en suspensión. Sus ojos —oh, sus ojos— eran pura luz rubí,





brillantes e infinitos, como si cada gota de su sangre tuviera sus propios recuerdos, historias de siglos, gritos y juramentos, pasiones y carnicería.

Rafaelina aún no ha hablado.

Ella simplemente flotaba en el aire, desnuda como un sueño y tan aterradora como una pesadilla. Su cuerpo cambió lentamente, adoptando formas más... sensuales. Más detallado. Más humano y, al mismo tiempo, no humano. Como si la lujuria misma de la materia hubiera esculpido curvas donde antes sólo había fuerza.

Virgilio sonrió—débilmente, pero sinceramente.

"Eres... hermosa", dijo, con sangre goteando de las comisuras de su boca, goteando entre sus dientes, manchando el suelo con un rojo oscuro y noble. "Aterradoramente hermoso."



Las espadas temblaron.

Y entonces, como una marea viva, la sangre a su alrededor respondió. Las cuchillas que lo perforaron se disolvieron en niebla líquida. Luego la niebla se espesó y se movió—hacia él.

Como brazos, como tentáculos, como ríos apasionados, la sangre lo envolvía.

Primero lentamente, acariciando su piel, tocando sus heridas con una delicadeza que rayaba en la ternura. Luego con más firmeza, con una posesividad que no permitía escapar. Fue un abrazo. No de un depredador, sino de algo... familiar.



Un amante.

Un niño que regresa al útero.

Un devoto ante la diosa.

El cuerpo de Virgilio flotó del suelo, todavía envuelto en sangre viva, que ahora se calentaba como un corazón que latía.

Rafaelina descendió suavemente, sin que sus pies tocaran el suelo. Su cuerpo, ahora completamente formado en una perfección que los dioses envidiarían, se acercaba lentamente. Sus curvas se definían con cada paso en el aire, sus caderas anchas, su cintura estrecha, sus pechos llenos que parecían formados por el más puro deseo y la guerra. Su piel estaba pálida mientras la leche se derramaba en sangre y emitía un brillo sutil, como si su carne estuviera a punto de encenderse con energía vital.



Virgilio no apartó la mirada.

"Superas todo lo que he visto", susurró. "Fuerza... belleza... locura. Y aún así... sigues siendo tú."

Ella vino antes que él.

Y luego, sin ceremonia, sin palabras, lo abrazó.

La sangre cedió y fluyó como seda cálida por su espalda. Rafaelina envolvió sus brazos alrededor de Virgilio —su cuerpo—su alma. Y ella apretó.



Fue como ser tragado por una estrella viviente. Había calor. Había peso. Había olor. Sangre, hierro, sudor y algo más... algo dulce. Un aroma que no existía en la naturaleza. Su esencia. De Rafaeline.

Apoyó su rostro contra su cuello, respirando profundamente, como si respirara por primera vez después de milenios de ahogamiento.

"Gracias..." susurró, su voz resonando dentro de él como un eco en sus huesos. "...por darme una razón para vivir."

Virgilio tragó fuerte.

Esa confesión pesaba más que cualquier promesa de amor.

Ella lo apretó más fuerte y él sintió que su corazón —o lo que fuera— latía contra su pecho. Un sonido extraño, con varios pulsos superpuestos. Ya no era humano. Ni siquiera demoníaco. Era...algo más.



—Sin ti... —continuó ella, con la boca cerca de la oreja y los labios calientes. "...Habría dejado este mundo atrás para ir a recoger espadas estúpidas. Pero tú... tú me desafiaste. Me viste. Me querías. Y luego... me rompiste. Y ahora... me has reconstruido."

La sangre que los rodeaba pulsaba en ondas, como si estuviera viva, feliz, celebrando.

Virgilio se rió débilmente y apoyó su rostro sobre su hombro. "Siempre has sido un caos maravilloso, Raphaeline. Pero ahora... ahora... ¿qué tal si lo dejas así y dejamos de destruir todo el clan?"



Su cuerpo todavía pulsaba —no sólo de energía, sino de emoción cruda. Como si su propia existencia se estuviera adaptando al regreso. Como si la realidad que la rodeaba luchara por seguir el ritmo de su presencia.

Luego soltó una risa baja.

No es una risa explosiva ni amenazante—, sino una risa contenida, casi tímida, como la de alguien que se ríe de algo que no puede explicar. El sonido reverberaba como campanas bañadas en vino caliente.

Se alejó ligeramente de Virgilio, con los brazos todavía a su alrededor, pero con espacio para mirarlo a los ojos. Sus ojos —rojos como un eclipse de sangre— analizaron cada detalle de su rostro. Había ternura allí. Algo que pocos, si es que hubo alguno, habían visto alguna vez en la expresión de esa mujer.

"...Virgilio", murmuró, el nombre como una oración en llamas. "Realmente eres un bastardo. Arruinaste el ambiente."



Levantó una ceja, todavía flotando, todavía parcialmente envuelta por tentáculos de sangre que se disolvían lentamente en vapor rojo. "Ya me lo han dicho antes... pero es más agradable oírlo de ti."

"Me haces querer vivir", dijo ahora, en serio. "Y eso es... inaceptable."

Su sonrisa se amplió. "¿Me vas a matar por eso?"

Rafaelina inclinó la cabeza. "Si te matara, tendría que traerte de vuelta." Suspiró, como si el peso de milenios intentara descansar sobre sus hombros y encontrar espacio.



JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Ella comenzó a traer toda la sangre de regreso a su cuerpo. "Tenemos que hablar de esto", dijo después de que su apariencia volvió a la normalidad.

Su cabello oscuro, sus ojos, su ropa, todo volvió a donde había estado y esa sangrienta transformación desapareció.

